

Domingo XVI – Trigo y cizaña: los peligros de la impaciencia

Desde el domingo anterior, estamos meditando las parábolas del Reino. Hoy el Evangelio nos presenta la parábola del trigo y la cizaña, que nos ilumina sobre cómo enfrentar desde la fe el problema del mal. El dueño de un campo siembra semilla buena (trigo) pero su enemigo, de noche, siembra semilla mala (cizaña). Los servidores le preguntan a su patrón: “¿Quieres que vayamos a arrancarla?” Conviene saber que el trigo y la cizaña son muy parecidos en la primera etapa de su crecimiento, y que, por lo tanto, arrancar la cizaña al comienzo implicaría arrancar mucho trigo.

Ante esta posibilidad, el dueño se opone: “No, que al recoger la cizaña pueden arrancar también el trigo”. Para él es imperativo que ni una sola espiga de trigo corra la suerte de la cizaña. “Que crezcan juntos hasta la cosecha –es decir, cuando el trigo y la cizaña puedan separarse claramente– y cuando llegue la siega diré a los segadores: arranquen primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero”. ¿Es una postura razonable, o es poco realista y escrupulosa?



Vincent van Gogh, Campo de trigo con cipreses (1889)

Una parte del simbolismo de esta parábola es claro: Dios es el que siembra el bien, el trigo, mientras que Satanás (el “enemigo”) siembra la cizaña. Los servidores que tienen prisa en arrancar la cizaña, aunque se arranque también el trigo son los impacientes, los que pretenden “solucionar” el problema del mal y establecer el bien definitivamente, es decir, realizar ya mismo el Reino de Dios.

Es lo que sucede en la mayoría de las revoluciones (según enseña el papa Benedicto): quieren instaurar el Reino de Dios como un proyecto humano, pensando que con tal de arrancar toda la cizaña cualquier costo se justifica (incluso castigar inocentes), y logran como resultado una injusticia peor que la que decían combatir.

El Dueño, por su parte, da voz a la Justicia de Dios: Dios no puede tolerar que un solo justo reciba la retribución del pecador. Sus palabras nos invitan a reconocer que, si bien tenemos la capacidad de distinguir entre el bien del mal, no es tan fácil distinguir entre buenos y malos, no solo porque las situaciones reales suelen ser complejas, sino porque en el corazón de cada ser humano se mezcla el bien y el mal, el trigo y la cizaña.

Por eso el dueño exhorta a sus servidores a tener paciencia y esperar el tiempo de la cosecha, que es la referencia al Juicio Final. Cuando sea claro dónde está el trigo y dónde la cizaña, cuando quede de manifiesto quién es quién, entonces “los ángeles de Dios” (no los hombres) recogerán el trigo en los graneros y echarán la cizaña al fuego.

La conclusión es clara. Sólo Dios, la Justicia Divina, es Justicia perfecta, capaz de separar en el momento oportuno buenos y malos y darles la perfecta retribución. La justicia humana, en cambio, es imperfecta: no sólo porque es falible, sino porque no tenemos ni el conocimiento ni el poder necesario para llevar a cabo esa obra. El Juicio Final está solo en manos de Dios.

Eso no significa que no debamos luchar contra el mal, pero no a cualquier costo: nuestro criterio supremo debe ser el de preservar y promover el bien. Ej. Por eso es preferible evitar el castigo de un inocente aun a costa de dejar sin castigo a un culpable. Por eso también debemos evitar los juicios condenatorios de las personas (que es como arrogarse el Juicio Final), como así también los excesos en la corrección a los hermanos: si nuestro interés por castigar el mal es mayor que el de promover el bien, probablemente generemos el efecto contrario. Esa es la advertencia que hace San Pablo hablando de la vida de la familia: “Padres, no exasperen a sus hijos” (Colosenses 3:21).

Esto nos muestra la importancia de la doctrina del Juicio Final, que a veces callamos por pensar que sugiere la imagen de un Dios vengativo que no dejaría lugar para la misericordia. Es todo lo contrario. Si no hubiera Juicio Final nosotros cargaríamos con la responsabilidad insoportable de castigar todo el mal, porque lo que no castigamos aquí y ahora quedará sin retribución para siempre. En cambio, la fe en el Juicio Final nos libera para no caer una obsesión por combatir el mal que nos impida ver más allá. De ese modo podemos ser misericordiosos con el pecador, ir más allá de su pecado para llamarlo a la conversión; y serlo también con el que delinque, para ir más allá de su delito y apelar a su capacidad de bien y rehabilitación.

En resumen, esta parábola nos advierte contra la impaciencia: pese a la buena voluntad, el celo contra el mal puede extraviarnos y llevarnos por el camino del fanatismo, la pretensión de purificar el mundo “a sangre y fuego”. Sólo la paciencia frente al mal –que no brota de la indiferencia o la cobardía, sino de la humildad y la esperanza– pueden ayudarnos a preparar la Venida del Reino de los Cielos.

P. Gustavo Irrazábal